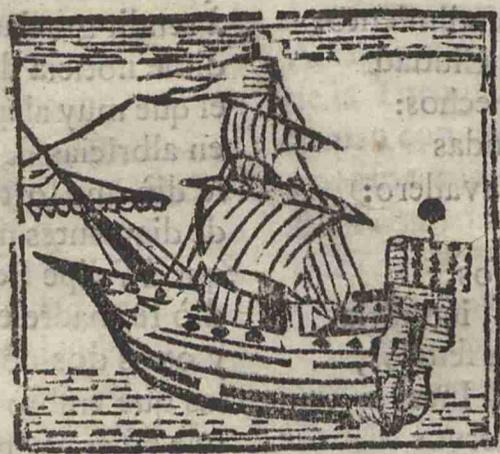


VERDADERO, Y CURIOSO ROMANCE,

en que se refieren las penas, y trabajos, que passaron los dos finos amantes Don Felipe de Benavento de la Ciudad de Badaxòz, y Doña Ines de Doria natural de Napoles, para lograr el fin honesto de su amor, como lo verá el curioso Letor, sucedido en este pre-

sente año de 1724.

Primera parte, compuesta por un Poeta de la Huerta.



Admirese todo el Orbe,
todo mortal me esté atento,
presten silencio las aves,
paren su curso, y su buelo,
maravillense los hombres,
maravillense los hombres,
repita la fama en ecos
la historia mas peregrina,
que han celebrado los tiempos.
En Napoles la famosa,
que es de Italia el mar inmenso
de bellézas, y hermosuras,
que en ellas no iguala Venus,
nació Doña Ines de Doria
de muy claro nacimiento;

hija es de nobles padres,
à quien dotò el mismo Cielo
en aseo, y compostura,
en el donayre, y despejo:
no ay dama, que à ella iguale
en calidad, ni en dinero.
Su padre era Don Francisco
de Doria, y Pinatelo:
su madre Doña Isabel
de la estirpe de Vitelo.
Era unica heredera,
de sus padres vivo espejo,
en quien se miravan ambos
con mucho gozo, y contento:

pro

82
procuravan divertirla
con fiestas, y passatiempos,
con bayles, y con saraos,
y varios divertimientos;
no ay Noble, ni Ciudadado,
à quien no robe el afecto.
A la fama de su gala,
de su garbo, y su despejo,
llegò à la dicha Ciudad
Don Felipe Benavento,
valiente como à Español,
animoso como èl mesmo,
pues no concede ventaja
à ninguno de su tiempo.
Naciò en Badaxòz la noble,
con muy claro entendimiento:
la atencion de esta Ciudad
se llevaba por sus hechos:
tenia todas las prendas
de Christiano, y Cavallero:
era unico tambien,
y de dones opulentos.
Con cautela, y con industria,
se introduxo en los festejos,
que à la bella Doña Ines
le tributavan sus siervos
(dixe bien siervos, y esclavos
de su soberano imperio,
pues dexa sin libertad
à quantos miran su cielo:)
pero disparò una flecha
el vendado Numen ciego
en el pecho de esta Dama,
que abraçada de su incendio
se resolviò à declararse
en su retiro, y secreto
à una Aya, que la estimava
aun mas, que à sus ojos mesmos;
ella prudente, y discreta,
le aconseja con afecto

no rindiesse su alvedrio
tan facil à un estrangero;
sin saber de quien sea hijo;
mas como el amor es ciego,
determinada le dixo,
que de nobleza los hechos
davan bastantes indicios
que es principal Cavallero;
y que sin mas detenerse
fuesse en busca de su dueño,
à quien le dè relacion
del incendio de su pecho.
Viendo la resolucion,
partiòse la Aya à un Convento;
que suele ir Don Felipe
à rendir gracias al Cielo:
diòle noticia del caso,
el que muy alegre, y tierno,
en albricias de la nueva
le diò una fortija en premio,
de diamantes muy preciosos,
que à Felipe Benavento
diò su madre en despedida;
y otras dos de mayor precio,
las que embiò à Doña Ines,
que esperaba por momentos
tendiesse el manto la noche,
para lograr su deseo
de hablar de espacio à su amante;
sin sobresalto, y rezelo.
Tocò la hora dichosa,
deseada con extremo:
vino al puesto Don Felipe,
que era un jardin muy ameno
de la estancia de su dama:
hizo la seña muy cuerdo:
mandò al criado que lleva,
no desampare el terreno;
abriòle la puerta Ines,
y con halagos muy tiernos
de

de la mano le tomò,
y le llevò à su aposento.
Toda la noche passaron
con amorosos afectos:
determinaron salirse
quando de nuestro emisferio
recoxa sus alas roxas
el claro, y luziente Febo;
porque era el padre de Ines
animoso, y muy sobervio,
y tenia con un Noble
de casarla hecho empeño.
Llegò el plazo señalado,
y en dos cavallos ligeros
vino al jardin Don Felipe,
para executar su intento.
Baxò la Dama à la puerta,
y con presteza partieron;
siempre de noche caminan
por valles, montes, y cerros:
dedia con el descanso
pagan tributo à Morfeo,
por temor de ser hallados
de sus parientes, y deudos,
que como à fieros leones,
por los montes mas espesos
salieron luego à buscarles
quando les echaron menos:
à qualquiera que les halle
ofrece el padre mil pesos;
quince dias que les buscan,
mas no pueden dar en ellos,
y assi buelven à sus padres
à dar cuenta del suceso:
lloran, gimen, y lamentan,
de su hija los exrremos.
Dexemos à estos llorando,
y à los amantes busquemos,
que en doze noches cabales,
entre peñascos sobervios,

de Genova se hallaron
à dos leguas poco menos.
Pararon à descansar,
y en amorosos requiebros
reclinò en su pecho amante
à Palas, Diana, y Venus.
Quedò la Dama dormida;
pero la fortuna presto
trocò plazerès, y gustos,
en lagrimas, y lamentos.
Y es el caso, que el Galan,
de lo curioso movido,
quiso mirar de las peñas
lo empinado, y excesivo;
y apressado de Piratas,
à un vergantín le han traído.
Alzaron velas, y al punto
de la Turquia el camino
toman con gran diligencia,
gozofos con el cautivo.
Bien conocian los Turcos,
que era noble, y bien nacido:
presentaronle al Sultan,
que le tratò con cariño;
porque luego que le viò,
se le inclinò de improvissò.
Quien bastará à ponderar
los sollozos, y suspiros,
de estos dos finos amantes,
en tan remotos distritos,
sin saber uno de otro,
de sus gustos al principio;
pero mas la triste Dama,
desmayada, y sin sentido,
al conocer su desgracia,
se quedò de un parasismo.
Huerfana, y sola, sin padres,
se quexa de su querido,
que tan presto se cansasse
de su amor, y sus cariños.

Bañados sus bellos ojos,
tierna, y en tanto conflicto,
defamparada de todos,
exclamò; llorando, y dixo:
Montes, peñas, valles, cerros,
si acafo teneis sentido,
dezid, donde està mi dueño?
donde le aveis escondido?
ò si acafo algun cruel
se le ha llevado cautivo.
Padre mio de mi alma,
ò quien te huviera creido!
no pasàra estos peñares:
sin duda son merecidos,
que tal vez Dios los permite,
por no obedecer los hijos.
A donde irè que me maten?
pues que no espero otro alivio.
Diziendo aquestas razones,
vido muy cerca un camino,
que estava una Peregrina,
con un humilde vestido:
llegòse, y con grande llanto
le contò lo sucedido,
pidiendola por merced,
que trocassen de vestido.
Quedò admirada la pobre
al oir lo referido,
la consuela con razones,
y la dexa sus vestidos.
Diòle Doña Ines sus galas,
esmeraldas, y zafiros,
oro, plata, y muchas joyas,
y diamantes muy luzidos.
Vistiòse de peregrina,
y de ella se ha despedido,
dexando los dos cavallos,
que busquen mejor abrigo.
Fuese pidiendo limosna
por Lugares, y caminos,
hasta que vino à parar,

por Soberanos auxilios,
al Reyno de Cataluña,
y à Monferrate se vino,
implorando la clemencia
de aquel Retrato Divino
de la que es Madre de Dios,
Reyna de los Paraninfos,
que es en gracia, y hermosura,
y en bellezas un Prodigio,
pidiendola con raudales
su favor, y patrocinio,
que le buelva à su presencia
à su esposo Don Felipo;
y con esta confiança,
se embarcò con un navio
para el Reyno de Sicilia,
en donde tomò el oficio
de servir con humildad,
y en hospedar peregrinos
en el Hospicio Español,
que tiene por apellido
de la Santa Soledad,
Santuario conocido
por Sicilia, y toda Italia,
por infinitos prodigios,
que obra esta Santa Imagen
en coxos, mancos, tullidos,
con los sordos, ciegos, mudos,
y en todos los afligidos,
pues sin remedio, ninguno
de su presencia se ha ido:
colocada està en Mecina,
de perfecciones abismo:
En donde la bella Ines
à Españoles desvalidos
ampara con caridad,
con este humilde vestido.
Y en el segundo Romance,
el Poeta sobredicho
darà fin à esta historia,
si perdonan sus delitos.

Fin de la primera parte.



SEGUNDA PARTE DE LA CURIOSA HISTORIA de Don Felipe Benavento, y Doña Ines de Doria.

Compuesta por el Poeta conocido, en este año 1724.

YA sabrán como dexè
 en Países tan diversos
 al amante Don Felipe
 en profundo desconuelo.
 El galan, presso, y esclavo
 en poder del Agareno,
 del Rey Mustafá Segundo,
 Cabeça de siete Imperios;
 y Doña Ines en Sicilia,
 en el oficio supuesto.
 Vamos aora à los padres
 de este Noble Cavallero,
 que con suspiros, y llantos
 passan los años enteros;
 que como no tienen otro,
 nada les dava consuelo.
 Hasta que resuelven ambos
 irse por el Universo
 visitando Santuarios,
 de sus bienes dispusieron.
 Emprenden luego el viage
 para el Valenciano Reyno;
 no dexan Lugar, ni Villa,
 que no visiten sus Templos.
 Desde alli à Zaragoza,
 y à Cataluña se fueron;
 Francia, Genova, y Cerdeña,
 por todas partes corrieron,
 sin poder hallar resquicio
 de su amor del dulce objeto:
 con que en el Puerto de Caller
 à embarcarse resolvieron
 en un navio Frances,
 que parte para Palermo.

Llegaron à esta Ciudad,
 en donde un mes estuvieron,
 admirandose de ver
 sus preciosísimos Templos.
 Se embarcan para Mecina,
 y al Hospital se partieron,
 en donde asistia Ines,
 nuera de estos tristes viejos.
 Afsi que les viò à los dos,
 les preguntò con afecto,
 que pues eran Españoles,
 le contassen por extenso
 la causa de su viage,
 su nombre, apellido, y Pueblo;
 y ellos en breves razones
 le refieren su suceso,
 como era por su hijo
 Don Felipe Benavento,
 que cinco años, que falta,
 sin saber si es vivo, ò muerto.
 Luego que Ines les oyò,
 conociò, que eran sus suegros
 estos tristes Peregrinos,
 y diòles todo consuelo;
 y en lagrimas de sus ojos
 les rogò con llantos tiernos,
 que acabada su jornada
 bolviessen por aquel Templo,
 porque tenia esperança
 de que han de bolver à verlo.
 Despidieronse los tres,
 sin conocerla los suegros.
 Corrieron toda la Isla,
 y para Roma se fueron,

para visitar de Italia
Hermitas, Capillas, Templos,
por cuya gran devocion,
y de su Madre à los ruegos,
que es amparo de afligidos,
permitiò el Divino Verbo,
à cuya Imagen hizieron
el voto estos buenos viejos,
fueran oídas sus voces,
y cumplidos sus deseos.
Siendo el caso, que Felipe
era estimado en extremo
del gran Sultan Mustafà,
y tenido en gran concepto,
temido de los Baxaes,
y respetado del Pueblo;
demana, que los Turcos,
en qualquier de sus empeños,
y en todas sus pretensiones,
le grangean para medio
para lograr del Señor
favores, gracias, y empleos.
No ay cosa que se le niegue,
todo se allana à su ruego:
lo que fue causa, y motivo
de pedir para si mesmo
una merced al Sultan,
pues las haze por su empeño.
Dixole un dia: Una gracia,
que es posible à vuestro Imperio,
os pido me concedais,
en tantas que me aveis hecho
para diversas personas,
solamente por mi medio.
Respondiòle Mustafà:
Español, no dudes esso,
pues sabes, que yo te estimo
mas que à mi corona, y cetro,
y si pudiera contigo
depositara mi Reyno;

pide sin miedo, y temor;
que cumplirè tus deseos,
Solo, respondiò Felipe,
me des tu consentimiento
de bolver à ver mis padres,
à mis parientes, y deudos.
Replicò el Sultan entonces:
Es posible Benavento,
que desees ver tus padres,
quando te estimo, y te quiero
como si fueras mi hijo?
que olvides estos afectos?
No te amo como à padre?
no puedes mas que mis deudos?
pues como quieres dexarme?
Solo el que te ausentes siento;
que à saber que esso pedias,
no concediera tu ruego.
Pues que quieres ausentarte,
y esso no tiene remedio,
solo una cosa te pido,
dixo con gran sentimiento
el Sultan à Don Felipe,
que buelvas à verme quiero.
Concediò la peticion,
y luego se despidieron.
Diòle cartas de favor,
diòle tesoros diversos,
Soldados que le acompañen,
como si fuera el Rey mesmo,
Aposentador, que vaya
las posadas previniendo,
con orden de que ninguno
pueda impedirle su intento.
Toma joyas, y diamantes,
y prendas de mucho precio,
sin diferentes regalos,
que le embiavan los Pueblos.
Vino à parar al Gran Cayro,
en donde tiene dispuesto

tomar el rumbo de España,
y llegó à tan buen tiempo
que à Mecina se partia
de Sicilianos un Leño;
habló al Capitan entonces
el que le admitió, contento
de llevar en su Galera
à tan Noble Cavallero:
embarcan toda la ropa,
y entre ella dos barrilejos
en donde ivan las joyas,
y dadivas de mas precio,
los que dixo al Capitan
que de sal llevaba llenos
para el Hospital de España,
porque es promessa que ha hecho.
Embarcaronse al instante,
y todos se despidieron,
navegaron viento en popa
casi dos dias enteros,
pero mudandose el ayre
en torbellinos divertos
se movió una tempestad
que durò por mucho tiempo,
el norte pierden, y guia,
hasta que aplacado el Cielo
se vieron de la Canaria
à una legua poco menos:
aportaron en Santa Ana
hasta que sople buen viento
para descansar un poco
de tan fuerte contratiempo:
entrò Felipe en la Isla
cercado de pensamientos,
cansado de la borrasca
sentòse en el duro fuelo
quedò dormido, y entonces
picò favorable el viento:
mandò el Capitan al punto
que busquen à Benavento;
le buscaron por la Isla

y nunca hallarle pudieron
pensaronse que las fieras
se le avrán tragado, ò muerto;
y así se hizieron à bordo,
en cuyo instante, y momento
se despertò Don Felipe
buscando à sus compañeros,
y viendo que le han dexado
en estos asperos cerros
despoblados de vivientes
sin favor, y sin sustento,
empezò con grande pena
à llamar à Dios Eterno,
que por su misericordia
le lleve à seguro puerto,
y por su gran providencia
dirija eficazes medios
para llegar à Mecina
adonde và su dinero.
Seis dias estuvo alli,
no teniendo otro alimento
mas que las yervas del monte,
hasta que benigno el Cielo
dispuso, que una Fragata
de Milanefes guerreros
passasse junto à la Isla,
hizo seña en un pañuelo,
arrimaron la Fragata
amparando al Cavallero;
contandole al Capitan
de su fortuna lo adverso
navegaron con bonança,
llegaron al feliz Puerto
de la Ciudad de Mecina,
y al Hospital se fue derecho
pues viene muy fatigado
descaecido, y enfermo:
llegò al Hospicio dichoso,
y pidiendo por el Dueño
saliò Doña Inès de Doria,
y con grande rendimiento

le lavò manos, y pies,
el Galan llorando tierno
sin conocer à su Dama,
ni la Dama à Benavento:
le preguntò Doña Inès
la causa de sus lamentos,
y el mozo en breves razones
contòle todo el suceso,
su nombre, apellido, y Patria
que es principal Cavallero:
oyendo todo el assumpto
cayò la Dama en el suelo
desmayada, y sin sentido,
y despues que hubo buelto,
con lagrimas de sus ojos,
con amorosos requiebros,
abraçò luego à su esposo,
diziendole, amado Dueño,
centro de mi corazon,
y de mi amor dulce objeto;
yo soy Doña Inès de Doria
la causa de tus desvelos
mi padre era Don Francisco
de Doria, y Pinatelo,
mi madre Doña Isabel
de la extirpe de Vitelo.
Quedò Felipe admirado
sin sentido de contento:
contò su historia la Dama,
y que à la tierra partieron
de Don Felipe los padres,
y que palabra le dieron
de bolver por la Sicilia
à verse con ellos luego,
y que todo su equipaje,
y entre el dos barrilejos
le tenia en su poder
en su quarto, y aposento,
que un Capitan le entregò
para bien de un Cavallero
que las fieras le mataron,

y se le dexaron muerto.
Se villen los dos de gala,
y no quedò Cavallero
que à la noticia del caso
no les ofrezca dinero,
sus bienes, persona, y casas,
hasta los mismos plebeyos:
y el Señor Governador
les ofrece aloxamiento
dentro su propio Palacio,
pues conoce à Pinatelo
padre de la noble Inès,
à quien embiaron pliegos
de esta nueva tan alegre,
el que loco de contento
convocò todos los Nobles
para su recibimiento.
Al otro dia siguiente
vinieron de Benavento
los padres al Hospital,
y sabiendo todo esto,
de puro gozo llorando
à ver su hijo vinieron;
se abrazaron tiernamente,
y el viage dispusieron
para Napoles, la Patria
de Inès de Doria y Vitelo.
Se embarcan en una Nave,
y assi que llegan al Puerto
salìò toda la Nobleza,
padres, parientes, y deudos;
les acompañan à casa,
celebran el casamiento
con bayles, y con faraos,
con invenciones, torneos,
con jubilo universal,
y con general contento:
y esta es la historia en suma
de Felipe Benavento,
y de Doña Inès de Doria,
y assi perdonen mis yerros.